
Overy, Richard, *Why War?*, New York, W. W. Norton & Company, 2024, 288p. ISBN: 9781324021742. 25,00€ 

Contents. Preface. Prologue. Why War? PART I. Chapter 1. Biology. Chapter 2. Psychology. Chapter 3. Anthropology. Chapter 4. Ecology. PART II. Chapter 5. Resources. Chapter 6. Belief. Chapter 7. Power. Chapter 8. Security. Conclusion. Abbreviation. Notes. Selected readings. Index.

Si en historia debemos problematizar otras épocas y plantearnos preguntas para poder analizar el pasado, es difícil cuestionar la pertinencia de la que preside este libro. Y a responderla se dirige su contenido, pero con una particularidad, y es que no busca la respuesta. Probablemente fuese ingenuo pensar siquiera que se podría obtener, cuando ya Tucídides en su historia de la guerra del Peloponeso trató de encontrar las razones de aquella guerra: «La causa más verdadera, aunque la que menos se manifiesta en las declaraciones, pienso que la constituye el hecho de que los atenienses al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios les obligaron a luchar» (I, 23). Es cierto que dos milenios y medio después, el conocimiento del pasado ha aportado multitud de ejemplos a partir de los cuales analizar tan relevante pregunta. Sin embargo, lo que muestran las páginas de este libro, bien informado y con una voluntad explicativa y crítica más que dogmática o salvadora, es, precisamente, la multiplicidad de intentos de respuesta, la complejidad de una cuestión que, a lo largo de los milenios, ha seguido ocupando y preocupando la reflexión de los principales protagonistas de la guerra, los seres humanos. De hecho, se plantea como objetivo: «to examine the ways in which warfare has been explained by the major disciplines [...] and to assess the plausibility of these explanations» (p. 2). Por ello nos ofrece un catálogo (limitado) de explicaciones sobre la guerra en torno a dos perspectivas principales: determinista y no determinista, coincidentes con las dos partes del libro y sus componentes. Así en la primera recoge las ciencias humanas mayores —biología, psicología, antropología y ecología—, que han tendido a explicar la guerra como una adaptación evolutiva, o determinada culturalmente, o producto de las presiones ecológicas. En la segunda, las miradas son las que vierten historiadores y científicos políticos y sociales —y antropólogos y arqueólogos—, centrados en la cognición humana, con el ser humano como creador de culturas que sostienen las guerras y como agentes conscientes en pos de objetivos que pueden variar en el tiempo y el espacio: recursos, creencias, poder y seguridad. Ocho perspectivas sobre las causas y origen de la guerra, que cubren un amplio terreno, pero no todo.

Desde el inicio enfrenta la primera cuestión, la de las definiciones, especialmente de guerra y conflicto (*war* y *warfare*). La primera como hecho particular, incluso si su inicio y final no están claros; y la segunda describe las muchas maneras en que se planean, organizan y se lucha. En cualquier caso, y desde el arranque, dos conceptos controvertidos, como todo lo relacionado con la violencia grupal.

En la primera parte, por tanto, se recogen las explicaciones deterministas, asociadas primordialmente a ciencias naturales, aunque no de forma exclusiva, y sin olvidar que



RECENSIONES

no son meras elucubraciones eruditas, sino que tienen repercusiones prácticas. Por eso, y comenzando por la biología, considerar la guerra como instrumento útil para la eliminación de los débiles y la supervivencia de los fuertes, no es un mero debate académico. La biología evolucionista abogó durante buena parte del siglo XX por el concepto de lucha, y aunque la UNESCO rechazó en 1989 que la guerra la dictase la biología, no es una idea desaparecida. Tal vez se pueda pensar que este tipo de debates supera a los historiadores, pero una de las grandes virtudes de este libro es que el autor conecta estas ideas con la historia, y señala, por ejemplo, la relevancia que en la Alemania de principios del siglo XX tuvieron estas ideas y su adaptación al marco intelectual y político, con autores como Alfred Ploetz y su idea de la raza vital (*Vitalrasse*), o el general Friedrich von Bernhardi, que afirmaba que «la guerra es una necesidad biológica de primera importancia, un elemento regulador de la vida de la humanidad» (p. 13). La guerra como proceso de selección natural de Henry Campbell o Arthur Keith o la tesis del «mono asesino» de Robert Ardrey, fueron ejemplos de ideas mantenidas hasta los años sesenta del siglo XX. Hubo desarrollos particulares, como los intentos de entender la agresión colectiva a través del estudio de los grandes primates y sus manifestaciones más agresivas como antecedentes de la guerra. Estos paralelismos situaban el conflicto humano como la parte más peligrosa de su herencia animal. Konrad Lorenz y la etología colocaron la guerra no solo en la tradición cultural, sino en un comportamiento instintivo filogenéticamente adaptado desde un profundo pasado evolutivo: «Sociobiologists, like the early ethologists, found human coalitional aggression difficult to explain except as a surviving element of an evolutionary past that could not be recaptured» (p. 19).

En el amplio campo de las ciencias vinculadas con la mente humana, se situó la razón de la guerra en esta. Desde principios del siglo XX se intentó identificar los instintos detrás de la guerra para construir una psicología de la paz. A partir de Freud, muchos psicólogos y psicoanalistas afirmaron que la mentalidad bélica se construía en la primera infancia, de acuerdo con el complejo de Edipo. Y aunque estas ideas subsistieron, compitieron con propuestas que insistían en la idea de que la guerra y la agresividad eran producto de las presiones evolutivas, una reacción psicológica a situaciones de rápida frustración o miedo y, por ello, una psicología aprendida más que un imperativo biológico. Las adaptaciones psicológicas para la supervivencia evolutiva podrían ser varias, desde la predisposición al conflicto, al dimorfismo mental de los varones, psicológicamente dispuestos a la lucha, y las mujeres hacia la reproducción. De hecho, en los años ochenta, la psicología evolutiva afrontó la cuestión de la agresividad y el género con la hipótesis del guerrero masculino, capaz de formar coaliciones para desarrollar la violencia contra otro grupo que, con el tiempo, estaría más dispuesto a ver futuras agresiones —defensivas y ofensivas— como algo psicológicamente aceptable, tendiendo a establecer normas para la agresión con las que los guerreros masculinos estarían de acuerdo. Como señala, el problema está en la dificultad para aportar evidencias, entre otras cosas porque la mente deja pocas trazas arqueológicas, aunque se ha recurrido, por ejemplo, a la difusión de los juguetes bélicos que extendieron el militarismo a través de la cultura popular: «Across the world, the consumerization of warfare for the young perpetuates at some level the psychological acceptance of war as a necessary, even essential part of the contemporary world» (p. 44). Pese a todo, la predisposición psicológica hacia la violencia o el conflicto

RECENSIONES

no es fácil de demostrar en culturas del pasado, y tampoco puede la psicología evolutiva explicar el estallido de una guerra en particular, para lo que son necesarios factores condicionales, ni puede explicar la idea del enemigo, sin la cual las guerras no tienen lugar, lo que implica reflexionar sobre la pertenencia y la exclusión y los elementos que las configuran y sus consecuencias, entre las que está el genocidio: «The Holocaust is an extreme case but one that exemplifies the capacity of social psychology to explain how in-group-out-group psychology can provide a fuller understanding of the perpetration of wartime violence» (p. 54). Pese a la utilidad de estas explicaciones, ninguna de ellas muestra «the evidence that for warriors in the past —and indeed the present— war was regarded as psychologically rewarding in terms of honor, esteem, prestige, or glory that accompanied the successful survivor or from the sheer pleasure of fighting» (p. 56).

Cuando analiza la perspectiva antropológica, señala que algunos de sus especialistas veían la agresividad como una invención compartida por la mayoría de las sociedades humanas. Por eso, buena parte de la antropología y disciplinas como la arqueología y la etnografía excluían del análisis del desarrollo de las sociedades humanas la agresividad y la violencia. Sin embargo, la guerra era letal, destructiva y traumática a gran escala. Entonces, ¿cuándo y por qué razones se inventó? De la respuesta surgió el debate entre quienes veían las sociedades humanas en la prehistoria como pacíficas, con una conflictividad escasa hasta la aparición de organizaciones estatales y aquellos que señalaban que el conflicto violento antecedía esos estados y se localizaba en los orígenes del ser humano. El problema está en la escasez de restos prehistóricos sobre la violencia: traumas en restos humanos; iconografía y representaciones simbólicas; evidencia de fortificaciones y existencia de armas en ocasiones asociadas a enterramientos. No dejan de ser cuestiones controvertidas que tienen también un componente ideológico y práctico. Margaret Mead, Ruth Benedict o Bronislaw Malinowski, en los años veinte y treinta, rechazaron la existencia de guerras en las sociedades primitivas. Por eso, hasta los años sesenta la guerra y la violencia apenas aparecieron en la antropología; incluso en pueblos aislados, solo los imperialistas europeos las habrían comenzado, y adjudicar la guerra a pueblos tribales era una forma de racismo poscolonial. Era la percepción rousseauniana y la idea del buen salvaje en contraste con el degenerado mundo de los estados y la desigualdad social que le siguió. Este relativismo cultural se consideraba un esfuerzo humanista para rescatar a pueblos simples que debían ser gentiles y amables, no salvajes y brutales. Incluso las evidencias de violencia eran ignoradas o interpretadas como refuerzo de comunidades sin guerra. Más allá de su idealismo, era una posición difícil de sostener, pues ya en 1915, se mostró que solo el 4 % de las 298 sociedades estudiadas, no tuvo guerras: «The principal difference remains the willingness or otherwise to accept that warfare is common, not rare; that it is integral to those societies that wage it, not an aberration; and that it has occurred worldwide in time and space, for which the evidence is now overwhelming» (p. 66). De aquí que surgiera un darwinismo cultural sobre la guerra, afirmando que las culturas guerreras exitosas tendrían mayor capacidad de supervivencia, lo que la evidencia histórica tampoco respalda. Por eso, señala que «cultures of war are universal, which suggests that biology and psychology might still have something to contribute alongside culture in explaining a phenomenon that is more than just another invention» (p. 84).



RECENSIONES

Cuando habla del determinante ecológico para la guerra, no deja de advertir la actualidad de la cuestión, al mostrarla como factor corrector y capaz de recuperar el equilibrio entre las poblaciones humanas y su entorno —además de hambrunas y epidemias—. Ante el riesgo de desequilibrio y sus consecuencias, Friedrich Ratzel acuñó el concepto de *Lebensraum*, buscando ajustar espacio vital y tamaño de población para sobrevivir. Si esto provocaba una competición por los recursos, el resultado era un *Kampf um Raum*. En 1901 aplicó esta idea al comportamiento humano y el nazismo lo asumió, como también el expansionismo italiano y japonés. En los sesenta y setenta la ecología emergió con fuerza, y se planteó la relación histórica entre escasez de alimentos, crecientes niveles de población y conflicto humano, incluyendo en ello la emigración. ¿Impulsó todo ello el conflicto en el pasado? ¿Puede hablarse de determinismo ambiental? Pone algunos ejemplos desde el cuarto milenio a. C., cuando causas climáticas provocaron enfrentamientos por la supervivencia, como en las invasiones de China por mongoles y manchúes. Es un motivo poderoso, pero no puede asentarse como idea de causa-efecto, pues un cambio climático a menudo se extiende cientos de años y no suele ser algo abrupto que provoque un conflicto inmediato. La explicación climática sigue levantando recelos por demasiado determinista.

Por eso, cuando aborda en la segunda parte explicaciones no deterministas de la guerra, la perspectiva se hace más matizada, insistiendo en la complementariedad. Así, al hablar de la obtención de recursos como argumento para explicar la violencia bélica, es una razón que aparece con frecuencia entre las causas de cualquier conflicto bélico. Un estudio sobre sociedades tribales establecía que los vencedores tomaron recursos en el 85 % de los casos, y se apropiaron de tierras en un 77 %. Así, en el caso de la campaña alemana en la URSS, la obtención de recursos fue un fracaso, pero encajó muy bien en la teoría ortodoxa del leninismo sobre el capitalismo, al verla como la consecuencia bélica de sus contradicciones internas, el imperialismo y la guerra imperialista como fase final del capitalismo. Como Darwin, Marx no prestó mucha atención a la guerra, pero tras Lenin, la depredación económica se asumió como causa y como un resultado inevitable. El materialismo histórico podría aplicarse a guerras del pasado y del presente, pues en todas ellas dependía de los intereses de clase y de las fuerzas implicadas en él. Fue sin embargo el auge capitalista, a partir del siglo XIX, el que proporcionó el fundamento para una visión marxista-leninista no solo de la causa de la guerra en general sino de las guerras particulares. En cualquier caso, no hace falta ser marxista para explicar la guerra en términos materialistas. De hecho, en pocas guerras la captura de recursos ha dejado de ser consecuencia de la victoria, aunque su inicio no fuera este. Ya desde la prehistoria este motivo llevó a conflictos, y pone como ejemplo el carácter depredador de Roma o el recurso masivo al saqueo como acicate para las tropas, además del empleo de los seres humanos como recurso. El problema para explicar la fuente económica o material del conflicto es separar otros motivos de la simple depredación. Varios informes de la ONU hablan ya en el siglo XXI de la alta probabilidad de estos conflictos. Pero incluso esto hay que matizarlo, señala Overy, pues depende del tipo de recursos, de las condiciones de los más disputados y su contexto, de los objetivos de quienes se implican, que no suelen ser solo económicos.

RECENSIONES

Comienza el capítulo dedicado a las creencias como causa de guerra señalando que «religious faith or supernatural beliefs or political ideology can clearly explain the decision for war in a variety of different contexts across thousands of years of human history» (p. 141). Pero, además, indica que la defensa de todo ello ha servido como argumento para otras aspiraciones: «belief can mobilize popular engagement in warfare and justify its necessary excesses» (p. 142). Las creencias y su plasticidad como causa de las guerras no han recibido gran atención historiográfica, al afirmar que la creencia era solo una máscara de los motivos reales, de clase, ambición política, codicia o necesidad material. No se concibe otra explicación que la que conlleva el modelo del actor racional. Sin embargo, cada vez más se defienden los motivos religiosos o ideológicos, como expone analizado el ejemplo de las Cruzadas y el cristianismo, o del islam, también defensor de su fe mediante la violencia. Igualmente considera las guerras de religión en Europa los siglos XVI y XVII como parte del contexto de conflictos con la religión como centro por encima de lo diplomático, dinástico o las rebeliones populares. Esta relación entre creencias y guerra podría apreciarse desde el neolítico, cuyos ritos funerarios ya reflejaron cosmologías más o menos elaboradas. Pocas culturas antiguas carecen de un dios de la guerra y mitos bélicos. Y frente a la idea de que estas percepciones son del pasado, habla de ideologías en vez de religiones, considerándolas tan importantes como aquellas, por lo que se recurre al concepto de religión política, sin descartar argumentos religiosos, como ha puesto de manifiesto la *Jihad* y sus diversas formas.

El siguiente capítulo lo dedica al poder, un concepto elástico y difícil de definir, pero clave en cualquier discusión sobre conflicto y política nacional. Un antropólogo señalaba que la fuerza era lo que había movido a los humanos de la aldea al estado. El poder buscaba algo: tierra, tributos, esclavos, recursos... La posesión del poder coercitivo haría el conflicto bélico posible, pero los motivos para ejercer ese poder eran los que explicaban el recurso al conflicto, fuese material, ideológico o político: «Power had to be demonstrated, not merely enjoyed, and for much of the past 5000 years that meant making war against neighbors, often frequently and regularly» (p. 173). Pone ejemplos, como Roma, que aspiraba extenderse al conjunto del mundo conocido; o Gengis Kan, un poder hubristico, es decir, asociado con la ambición personal y los rasgos individuales. Este tipo de conflicto basado en la *hubris*, lo encarna en figuras como Alejandro Magno, Napoleón y Hitler. Los tres con puntos en común: haber nacido en los márgenes de lo que querían conquistar, los tres crearon vastos imperios territoriales en poco tiempo (9, 10 y 5 años, respectivamente), que colapsaron al poco de desaparecer. Ninguno supo parar cuando comenzó el conflicto y sus ambiciones provocaron guerras brutales a gran escala. Compartían la propensión a los ataques de ira si sospechaban decepción o resistencia entre sus cercanos. Los tres creían haber sido elegidos providencialmente y fueron atraídos por la realidad y los símbolos del poder personal. También mostraron grandes diferencias, comenzando por las circunstancias de su propio tiempo. Pero, además, la lucha por el poder implicaba lo que se llamó el sistema de Estados (Paul Kennedy, 1988), vinculando capacidad económica y capacidad militar y se hablaba de guerra hegemónica y de equilibrio de poderes. Hubo propuestas cuantitativas que trataron de reflejar la aspiración al poder y el desencadenamiento de guerras como consecuencia de ella. Sin embargo, Overy considera muchos de estos índices poco fiables, pues los datos no son indicativos



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

por sí mismos de la tendencia al conflicto, y sí, por ejemplo, la naturaleza y el grado de militarización, sobre todo si llevan a una carrera armamentística. Tampoco son fáciles de demostrar históricamente, y pone los ejemplos del Imperio Británico y EE. UU. en la segunda mitad del siglo XIX; de EE. UU. y la URSS o de EE. UU. y China a fines del siglo XX, y en ningún caso hubo conflicto directo. A la inversa, hay ejemplos en los que no se cumplen los requisitos de esas teorías, y sin embargo se produce el conflicto, como por ejemplo en las guerras de Japón contra China y contra Rusia a fines del XIX y comienzos del XX, o incluso en 1941 contra EE. UU. Según estas teorías, Vietnam nada tenía que hacer contra EE. UU. ni Argelia contra Francia, y triunfaron. Esto implica la existencia de líderes considerados como actores racionales, ajenos al liderazgo de la *hubris*. Pese a ello, Sadam Hussein o Vladimir Putin estarían insertos en ese modelo hubristico, al considerar la guerra como la solución, no como el problema.

El último capítulo se centra en un aspecto igualmente subjetivo, al incidir en la inseguridad de la existencia humana como explicación de la guerra, pues, sin llegar a ella, la búsqueda de seguridad lleva al armamentismo, a las alianzas o colaboraciones institucionales, pero siempre apoyada en la confianza en el otro. La búsqueda de la seguridad, aun temporal, está presente en diversos grados en casi cualquier encuentro bélico, y se vincula con el deseo de proteger un territorio o pueblo. De ahí la importancia de las fronteras, donde más conflictos bélicos hay, primordialmente entre vecinos, en parte por la sensación de inseguridad. Toynbee señalaba que estas eran la principal razón de la guerra y en torno a ellas, desde la Antigüedad, se elevaron barreras y desconfianzas, por más que en muchos casos, fuesen un sinsentido como freno frente a la agresión o como fuente de protección, y así lo mostraron los imperios romano y chino. Ya en el siglo XX las fronteras se asentaron como fundamento nacional, aplicando un principio romano: *uti possidetis, ita possideatis* —como posees, así puedes poseer—, aunque este principio no ha protegido a Ucrania frente a Rusia, ni ha impedido conflictos fronterizos, por ejemplo, entre la India y Pakistán por Cachemira. Los «security studies», posteriores a 1945, buscaban estudiar las causas de la guerra y cómo prevenirla, en el ámbito de la Guerra Fría. La explicación principal siguió siendo la seguridad, como mostró Quincy Wright ya en 1942 y se siguió aplicando en el marco de la amenaza nuclear, ampliada hoy a otras posibilidades de conflicto, como la ciber-guerra.

Como recoge en las conclusiones, pese a la diversidad de teorías examinadas, no hay consenso sobre lo que causa la guerra: «The obvious conclusion is that there is no single or straightforward cause to explain the persistence of warfare throughout the human past: the effort to construct a monocausal explanation for war is futile» (p. 225). Lo cual no significa que la guerra y el conflicto no se puedan explicar, sino que hay múltiples explicaciones, dependiendo del tiempo y el espacio. Frente al idealismo de que un conocimiento apropiado de por qué tiene lugar la guerra llegará a abolirla, cabe objetar que la guerra es históricamente demasiado diversa y extendida para ser curada por un solo remedio o varios de ellos. En último término, la guerra es normal, es decir, no es una aberración, sino parte integrante de la larga historia humana y esto es lo que hace difícil explicar la guerra. Y concluye, tal vez de forma un tanto pesimista: «If war has a very long human history, it also has a future» (p. 230).

RECENSIONES

Richard Overy es profesor honorario de Historia en la University of Exeter. Entre su numerosa bibliografía, centrada en los grandes conflictos bélicos del siglo XX, cabe destacar *The Dictators*, ganador del Wolfson Prize y del Hessel-Tiltman Prize (2004 y 2005). Además, en las dos últimas décadas ha publicado *Collins Atlas of Twentieth Century History* (2005), *1939: Countdown to War* (2009), *The Morbid Age: Britain Between the Wars* (2009), *The Bombing War: Europe 1939-1945* (2013), Cundill Award for Historical Excellence (2014), *A History of War in 100 Battles* (2014); *RAF The Birth of the World's First Air Force* (2018), *Blood and Ruins: The Great Imperial War, 1931-1945* (2021), *Rain of Ruin: Tokyo, Hiroshima, and the Surrender of Japan* (2025). Forma parte de la British Academy y de la European Academy of Sciences and Arts.

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA